

de Cockpit, situado en la antigua plaza del reñidero de gallos en Whitehall, y el presidente del Parlamento le dió las gracias en nombre de la nación por los servicios prestados al Estado.

En un principio se había tratado de dar á Fairfax el mando

del ejército expedicionario, poniendo á Cromwell como teniente suyo; pero Fairfax declinó el honor, pues comprendía que en el aprecio público ocupaba un lugar inferior al de su célebre compañero de armas. Además, su esposa, que era presbiteriana, influyó en él para que no tomara las armas



Montrose. Copia de un grabado de J. Honbracken, según un cuadro de Van-Dyck

contra los partidarios del Covenant, por lo cual presentó la dimisión de su cargo y se retiró á sus posesiones huyendo del fragor de las armas y de las luchas de los partidos.

Cromwell quedó pues de general en jefe, y acompañado de oficiales distinguidos como Lambert, Monk, Fleetwood y Whalley, marchó hácia el Norte, haciéndose preceder de un manifiesto en el cual contestaba á las acusaciones de los escoceses y al mismo tiempo les echaba en cara que bajo el manto del Covenant combatían por un príncipe que tenía un ejército papista en Irlanda. Cromwell tenía la ventaja de

estar en completa unidad de miras con su ejército y con el gobierno, mientras que la alianza de los presbiterianos con el pretendiente era artificial, y los pastores presbiterianos lo dirigían todo, aun los asuntos puramente militares.

Al principio de la guerra, Cromwell, que no había medido bien el alcance de su estrategia habitual, se encontró en situación bastante difícil, pues los habitantes de la frontera huyeron hácia Edimburgo llevando consigo todo lo que pudieron trasportar, de modo que hubo grandes dificultades para el aprovisionamiento de las tropas invasoras. Siguió

avanzando el ejército inglés; pero cuando ya estaba cerca de la capital se encontró con las fuerzas de Leslie situadas en las alturas inmediatas en una posición inexpugnable y con una numerosa artillería. Por más tentativas que hizo, no pudo Cromwell sacar al enemigo de sus posiciones, y obligado á abandonar toda idea de tomar la ofensiva se retiró desde Musselburg hácia la costa del Este cerca de Dunbar, donde podía esperar recibir con más facilidad refuerzos y provisiones de Inglaterra. Sus tropas habían padecido mucho teniendo muchas bajas por enfermedad, así fué que emprendieron la marcha hácia Dunbar en un estado lastimoso que vinieron á empeorar los repetidos ataques de los escoceses, pues apenas advirtió Leslie el intento de su enemigo, se apresuró á perseguirle para impedir que salvara sus tropas. Situóse en efecto Leslie con sus 22,000 hombres en las colinas que dominan la costa y cierran á Dunbar por la parte de tierra, especialmente el paso de Copperspath muy fácil de defender.

El hambriento ejército de Cromwell se hallaba reducido á un espacio limitado, teniendo el mar á sus espaldas y delante de sí un enemigo mucho más numeroso. Un general tan experimentado y que tantas veces había visto la muerte de cerca, no podía hacerse ilusiones acerca del inmenso peligro que le amenazaba. Así el 2 de setiembre escribía á Arturo Haselrig, á la sazón gobernador de Newcastle: «Estamos muy mal, pues el enemigo nos ha interceptado el paso de Copperspath de tal modo, que solo un milagro pudiera permitirnos atravesarlo, y ha tomado tales posiciones en las alturas que le rodean, que solo con grandes sacrificios podríamos movernos en aquella dirección, mientras que permaneciendo quietos perdemos cada día gran número de soldados atacados por toda clase de enfermedades.... Si tuviésemos bastantes fuerzas para atacar el paso por el otro lado, quizá así podríamos salvarnos, pero solo Dios sabe qué es lo que debería hacerse, de él depende todo. Nuestro ánimo no ha cedido en nada, gracias á Dios, á pesar de lo desagradable de nuestra situación. Esperemos en el Señor cuya misericordia tantas veces hemos experimentado.»

Por la tarde del mismo día en que escribió esta carta, notó Cromwell un movimiento desusado en el enemigo que se corrió hácia su ala derecha bajando lentamente. Todo parecía indicar que el ejército escocés se preparaba para atacarle en la llanura al día siguiente y realmente esta era su intención.

El previsor Leslie se había resistido á abandonar sus fuertes posiciones, pues le parecía que Cromwell estaba perdido sin necesidad de hacer ningún esfuerzo; pero la opinión contraria obtuvo la victoria en su campamento y tuvo que someterse. Es muy probable que los pastores que se hallaban en el cuartel general de los escoceses instaran para que se atacara al «gran independiente» por el deseo ardiente de acelerar el momento de su derrota que creían segura.

Apenas estuvo Cromwell persuadido del hecho, llenóse su corazón de las más risueñas esperanzas y determinó adelantarse al enemigo y tomar la ofensiva antes de que las fuerzas de los escoceses estuviesen completamente formadas. Lambert, Monk y los demás oficiales estuvieron de acuerdo en este plan, y durante la noche que se presentó muy lluviosa diéronse las órdenes convenientes señalando el puesto á cada regimiento. Al clarear el día del 3 de setiembre empezó el ataque contra el ala derecha de los presbiterianos; estos á pesar de la sorpresa se resistieron con valor y aun rechazaron á la infantería inglesa, pero tuvieron que ceder ante el empuje de los coraceros de Cromwell. Según expresión de este, los escoceses cayeron como «espigas» ante la espada de los hombres de hierro. La confusión se apoderó de las

tropas escocesas del centro y del ala izquierda, que arrastradas en la derrota de su ala derecha huyeron precipitadamente perseguidas por Cromwell que recitaba en voz alta el salmo diez y siete. Con muy pocas pérdidas por su parte hicieron los ingleses miles de prisioneros, de los cuales se vieron obligados á soltar algunos para no cargarse con enfermos y heridos. Nunca había obtenido Cromwell una victoria tan brillante. «El Señor, escribía á su esposa Isabel, nos ha protegido de un modo extraordinario. He sentido un vigor portentoso en mi interior, á pesar de que debo confesarte que me voy volviendo viejo y los achaques de la edad se van presentando con rapidez. Ojalá que con la misma rapidez desapareciesen mis pecados.»

Era imposible pensar en la defensa de Edimburgo; la ciudad y sus aprovisionamientos cayeron en poder del vencedor, quien se apoderó de todo el país llano al Sur del golfo de Forth. El castillo de Edimburgo resistió hasta el invierno, por cuya época se había ya apoderado Cromwell de las provincias del Sur y de los territorios al Sur del Clyde con la ciudad de Glasgow. Como los presbiterianos rechazaron las proposiciones de paz de Cromwell, éste estableció sus cuarteles de invierno esperando el curso de los sucesos y con la idea de que los partidos escoceses se destruirían entre sí.

Los partidarios del presbiterianismo extremo, que desconfiaban de Carlos II, vieron en la derrota de Dunbar el castigo del cielo por haber llamado al hijo de la idólatra. Hubieran querido prescindir de Inglaterra y consolidar en Escocia el dominio de la Iglesia y de los Estados con el cual no era compatible el poder de un rey. Otros en quienes podían más los intereses políticos que los religiosos, creían por el contrario que se habían impuesto demasiadas condiciones á Carlos II y que rechazando á los moderados y á los realistas se habían perdido buenos aliados y se había hecho más fácil la desgracia acaecida. Los realistas por su parte, ya pertenecieran á la facción de Montrose, ya á la de Hamilton, creyeron que había llegado la hora para ellos y se pusieron á la disposición del joven rey, el cual nada deseaba tanto como recobrar una libertad que le había arrebatado la severa vigilancia de Argyle y de sus correligionarios. Se había encontrado muy humillado al verse obligado á menospreciar la memoria de su padre y la religión de su madre; no se le había querido admitir en el campamento de Leslie, ni le dejaban tomar parte en las discusiones de la comisión de los Estados y le trataban como á un estudiante, obligándole á oír durante largas horas sermones y amenazas de pastores fanáticos.

En el otoño trató de librarse de sus guardias para reunirse con sus amigos y servidores que tenían fuerzas reunidas entre los Highlanders ó montañeses del Norte, y aunque la tentativa no tuvo el éxito apetecido, enseñó á Argyle á tener más consideraciones con el príncipe. Mejoróse pues su situación y se le dejó tomar parte en los negocios, practicando entonces Argyle una política de conciliación y entrando en tratos con los realistas del Norte. Como el triunfo de los ingleses había quitado á los presbiterianos exaltados sus principales puntos de apoyo en el Oeste, los moderados y los realistas volvieron á adquirir la preponderancia, entrando unos á formar parte del consejo del rey é ingresando otros en el ejército. Entre ellos fueron admitidos varios oficiales de talento, pero antes tuvieron que ir á la iglesia y hacer penitencia pública, y el mismo rey tuvo que jurar de nuevo el Covenant y la Liga al recibir de manos del marqués de Argyle la corona de Roberto Brucio en Scone, que era donde antiguamente se coronaban los reyes de Escocia.

La situación de Carlos II había mejorado muchísimo en el transcurso de pocos meses; se hallaba rodeado de todas las consideraciones que acompañan al poder supremo, y á su



lado veía muchos soldados perseguidos anteriormente por «maligos» en los que sabía que podía confiar. Mientras Argyle iba perdiendo su influencia, aparecían en el campamento real libres de todo castigo compañeros de Montrose, cabezillas realistas de los clanes del Norte, y miembros de la familia de Hamilton con su acompañamiento que iban engrosando el ejército que se reunía en Stirling y en Perth. Presentáronse asimismo varios caballeros y oficiales presbiterianos ingleses; y Carlos II á quien los Estados escoceses habían encargado que tomara el mando de las tropas esperaba conseguir grandes ventajas con ellas, quizás invadir la Inglaterra y derribar el gobierno allí establecido, pues no ignoraba que este tenía que vigilar muchísimo para contener á sus enemigos. Los caballeros ingleses estaban en correspondencia continua con los emigrados; y ya se habían armado varios complotos realistas, y si bien el Consejo de Estado sorprendió varias veces á los conspiradores pagando alguno de ellos con la vida su celo, las simpatías en favor del hijo del «rey mártir» eran muy vivas en multitud de corazones.

Cromwell no había permanecido inactivo durante la primavera del año 1651; pero tenía tanto que hacer en las provincias del Sur de Escocia que no tuvo tiempo de dirigir sus ataques contra el Norte; por otra parte durante varias semanas se vió atacado de una intensa fiebre que le impidió proseguir sus operaciones. A fines de junio se puso en marcha para arrojar al ejército enemigo del Sur de la plaza fuerte de Stirling, pero los escoceses no repitieron la falta cometida en Dunbar y no dieron ni un paso. Entonces trató Cromwell de atacarlos por el ala izquierda y por la espalda, y con este fin embarcó parte de sus hombres en botes y les hizo atravesar el golfo de Forth, para desembarcar en la costa de Fife. La operación tuvo un feliz éxito, derrotando el general Lambert una fuerte división del ejército escocés que había sido enviada á su encuentro; Cromwell por su parte abandonó el sitio de Stirling y avanzando á lo largo de la costa llegó á Perth, cuya capitulación consiguió el 2 de agosto. Hallábase entonces el general republicano al Norte del campamento del rey impidiéndole la retirada, y por lo tanto podía dar un combate decisivo cuando vino á sorprenderle la noticia de que el rey con la mayor parte de su ejército había levantado el campo y á marchas forzadas se dirigía hácia el Sur para atravesar la frontera inglesa.

Esta nueva invasión de Inglaterra era una operación atrevida, mucho más arriesgada que la del año 1648, pues entonces el invasor no tenía á sus espaldas á Cromwell con sus veteranos, y en Inglaterra estaba todo preparado para una gran sublevación realista. Pero Carlos II estaba decidido, contra el consejo de Argyle, á verificar la expedición, y á jugar el todo por el todo. A marchas forzadas avanzó con su ejército de catorce mil hombres, se presentó el 6 de agosto en Carlisle, y de allí siguiendo el camino real pasó á Cumberland, Westmoreland, Lancaster y Chester, ordenando á las poblaciones que destituyeran á los asesinos del rey y á los sectarios. El 22 de agosto se presentó en Worcester y allí tuvo que dar descanso á sus tropas fatigadas. Hasta entonces había conseguido abrirse camino, aunque no sin luchar, consiguiendo su principal objeto de llevar el terror delante de sí y poner al gobierno republicano en las mayores angustias. Pero Cromwell excitaba á su gobierno para que tuviese valor é hiciese enérgica resistencia al invasor mientras él tenía tiempo de alcanzarle. «Está cegado por Dios, escribía á Londres, y si el Señor nos permite alcanzarle, se hará patente la locura de su expedición.» Escocia fué confiada al teniente general Monk, y el general Lambert fué enviado para ir fatigando al enemigo, mientras Cromwell se ponía en marcha con sus mejores regimientos. Podía preverse que

si las tropas esparcidas por el país y las milicias lograban detener al rey, si el pueblo permanecía tranquilo y no había revueltas en la capital, la marcha arriesgada del joven príncipe terminaría de un modo desastroso para él.

Pasados los primeros momentos de angustia, el gobierno de Londres adquirió nueva energía ante el peligro, y envió órdenes á todas partes. Se movilizaron las milicias, se aumentaron las guarniciones de los puntos amenazados y se dispuso que se castigara severamente á los que se sublevaran. El comportamiento del pueblo vino en su apoyo, pues en vez de hacer á Carlos II el recibimiento que éste había esperado, recibió con indiferencia sus proclamas y no hizo caso de sus promesas. Los escoceses eran considerados como enemigos, los caballeros ingleses miraban con odio el acompañamiento presbiteriano del rey, y en vez de un levantamiento general contra el gobierno republicano, solo hubo ligeras revueltas que fueron fácilmente dominadas. De la nobleza principal, solo el conde de Derby pasó de la isla de Man á tierra firme para hacer sus ofrecimientos al rey, fidelidad que pagó posteriormente con la vida.

Por su parte Cromwell cumplió su promesa: marchó por el camino real de York, Nottingham y Coventry llevándose consigo las milicias de los puntos por donde pasaba, y desde Stratford y Evesham, se aproximó al ejército enemigo que no había abandonado sus cómodos cuarteles de Worcester. Habiéndose reunido con Lambert, tenía 30,000 hombres bajo sus órdenes y no podía dudar de la victoria. Una parte de sus tropas, dirigidas por Fleetwood, pasó á la orilla derecha del Severn y el 3 de setiembre empezó la lucha con las avanzadas enemigas, lucha que Cromwell vigilaba desde un puente de barcas que había mandado echar sobre el río. Por su parte Carlos II seguía el aspecto de la lucha desde lo alto de la catedral, y cuando le pareció que la mayoría de los ingleses había entrado en fuego, determinó atacar á los que habían permanecido en la orilla izquierda ante la puerta de la ciudad; pero allí se encontró con el temido vencedor de Dunbar que había regresado cerca de los suyos rehaciendo sus filas descompuestas y llevándolas al combate. La infantería escocesa concluyó las municiones; un fuerte que la protegía fué tomado por los ingleses y sus cañones se dirigieron contra las tropas de Carlos II. Vencidas éstas, se refugiaron en gran confusión y mezcladas con los vencedores, en las estrechas calles de la ciudad. También las tropas inglesas de la orilla derecha perseguían al enemigo, de modo que el ejército real se encontró rodeado y fué destruido completamente, pereciendo 3,000 hombres y siendo hechos prisioneros 6,000, entre ellos los principales nobles escoceses que habían seguido al rey. De los que escaparon de aquella carnicería, pocos regresaron á su patria, pues fueron perseguidos por los paisanos y hechos prisioneros.

Carlos II huyó, pasando por mil aventuras. Aunque el Parlamento había puesto el precio de 1,000 libras esterlinas por la cabeza de «Carlos Estuardo, hijo del último tirano,» se respetaba demasiado el nombre real, y ninguno de los que conocieron al fugitivo quiso hacerle traición. Con el cabello cortado, vestido de paisano ó con la librea de un criado, escondiéndose ora en un lugar, ora en otro, protegido en todas partes por almas compasivas y leales, pudo burlar la vigilancia de sus perseguidores y á bordo de un pequeño buque desembarcó en las costas de Francia.

En Londres fué tan grande el júbilo producido por tal victoria, como lo había sido antes el desaliento, y por mandato del Parlamento se leyó en el púlpito el parte de la batalla mandado por Cromwell. Este fué recibido con gran pompa y ricamente recompensado. A su residencia en la ciudad le agregaron la de Hampton Court, y tanto á él como

á los demás jefes del ejército les dieron como dotación bienes del Estado por bastante valor. Cromwell se convirtió en el héroe de Inglaterra; y aunque no por eso abandonó su primitiva sencillez, ni le gustaba hablar de sus hechos, su capellán castrense decía: «Este hombre se hará rey.»

El general Monk terminó felizmente la conquista de Escocia. Entregósele el castillo de Stirling con sus provisiones y tesoros; apoderóse por asalto de Dundee; Aberdeen y Saint Andrews le abrieron sus puertas y antes de terminar el año rindióse Inverness. La bandera republicana flotó en las islas de Orkney y Shetland y sus soldados penetraron en territorios que jamás había pisado ningún rey inglés. El orgulloso Argyle, que se había refugiado en su castillo Inverary y que allí recibió el mensaje de lo acaecido en Worcester, trató de obtener de los vencedores una parte de su antiguo poder; pero los estadistas ingleses tenían otro objetivo; trataban de arrebatar á Escocia su antigua independencia y sujetarla al régimen interior de Inglaterra. Unos mismos tribunales debían servir para los escoceses y los ingleses; y en el mismo Parlamento debían tomar asiento los diputados escoceses y los ingleses. Preparóse una acta de union y se nombró una comisión para arreglar los asuntos de Escocia. Cuando el nuevo gobierno estuvo consolidado, y una vez vencidos los irlandeses y rechazados los escoceses, los hombres que la revolución había puesto á su frente trataron de conseguir lo que había sido imposible para los Estuardos: la formación de una union, la constitución de un imperio de la Gran Bretaña.

## CAPITULO II

### LA REPÚBLICA Y EL EXTRANJERO

La primera impresión que causó la noticia del fin de Carlos I en los gobiernos y en el público de Europa fué la de la sorpresa. El continente había estado ocupado tan largo tiempo con la guerra de los treinta años, que no pudo seguir detenidamente el curso de la revolución inglesa, pero á la conclusión de la paz de Westfalia hubo tiempo para examinar lo que había pasado al otro lado del canal, y católicos y protestantes estuvieron unánimes en juzgar los sucesos. Los partidarios del papado veían en el trágico fin del reino una consecuencia de herejía y los partidarios de la reforma veían la necesidad de manifestar altamente su horror contra los hechos de sus correligionarios ingleses. Desde el púlpito se predicó contra «los espíritus infernales» que reinaban en la isla británica, y en prosa y en verso se entregaron á la pública reprobación los nombres de los «asesinos del rey.» El Czar de Rusia despidió de su imperio á todos los comerciantes ingleses; el embajador francés en Londres pidió sus pasaportes, y los Estados generales se dirigieron *in corpore* al príncipe de Gales para hacerle presente la parte que tomaban en su pena y saludándole con el título de «majestad.»

Carlos II siempre se había lisonjeado con la esperanza de que las naciones europeas harían suya su causa. Protegido por su cuñado el príncipe de Orange y rodeado de fieles partidarios, había tratado, aun antes de emprender su expedición á Escocia, de hacerse aliados y obtener su reconocimiento por las distintas cortes. Sus embajadores no dejaban un punto de reposo á los soberanos y sus ministros presentábanles quejas y súplicas; pero en todas partes se frustraron sus deseos, pues aunque las simpatías generales se dirigían á los realistas y la república inglesa no había sido reconocida, nadie quería declararle la guerra para dar satisfacción á los Estuardos y permanecían en una neutralidad expectante. Especialmente Francia y España, los dos Estados rivales, seguían con interés el curso de los sucesos en Inglaterra, ya que la paz de Westfalia no había puesto término á sus con-

tiendas, y cada una de ellas tenía el mayor interés en saber qué partido tomaría Inglaterra en los sucesos del continente, si sería en favor de España ó de Francia.

Ante tales consideraciones pocos resultados podía dar el celo de los realistas, los cuales para inclinar la opinión pública en favor de la monarquía encargaron á uno de los más reputados sabios de aquel tiempo que fuera su intérprete ante el mundo. Era este sabio Salmasius, conocido principalmente como filólogo y profesor de Leiden, quien se dejó convencer para publicar una defensa del difunto monarca y de la monarquía en general. Intitulábase *Defensio Regia pro Carolo I* y fué publicada á fines de 1649 á costa del rey, á quien iba dedicada con estas palabras: «Al legítimo rey Carlos II.» Era un tomo en folio de más de trescientas páginas, lleno de citas para probar el origen divino y la irresponsabilidad de la monarquía, y prevenir á los lectores contra los que entonces gobernaban en Inglaterra, pidiendo que se hiciera una verdadera cruzada contra los «enemigos del género humano.» El Consejo de Estado republicano encargó á su secretario para los idiomas extranjeros, John Milton, que contestase á aquella publicación, y Milton lo hizo asimismo en idioma latino, por lo cual fué leída por todas las personas ilustradas del continente. Esta «defensa del pueblo inglés» en la cual se comparaban el origen humano de las formas de gobierno y la teoría de la soberanía del pueblo con la misteriosa consagración de una monarquía patriarcal y absoluta, causó gran sensación, y aun adversarios de la república hicieron constar que la fama de Salmasius había palidecido ante el arrojado secretario del Consejo de Estado. Aumentó aun la consideración para el escritor inglés el saberse que el poco cuidado que había tenido con su vista delicada para cumplir el encargo que se le había confiado, le había ocasionado una ceguera. Pero ni aun ciego abandonó Milton la pluma; su polémica con Salmasius fué seguida de otras, su celo excesivo aumentó aun sin necesidad el número de sus enemigos, y á su nombre se unió una literatura completa, en la cual las grandes cuestiones políticas que se trataban quedaron relegadas al segundo término, ocupando el primero las injurias personales y las groserías.

Antes de que se hubiese publicado el escrito de Salmasius, un hecho sangriento demostró que los emigrados realistas en su apasionamiento se dejaban llevar hasta el extremo de ocasionar conflictos entre la joven república y el extranjero. El Consejo de Estado acordó agregar á su residente en El Haya, Walter Strickland, un embajador con nuevos poderes, y era el doctor Dorislaus, holandés de nacimiento, pero naturalizado en Inglaterra, que había tomado parte en el proceso del rey apoyando la acusación. El día 3 de mayo de 1649 llegó al Haya; y estaba sentado á la mesa en su posada acompañado de gran número de personas, cuando se presentaron varios enmascarados con espadas desenvainadas y después de tranquilizar á los circustantes arrastraron á Dorislaus fuera de la mesa y en la misma pieza le sacrificaron á su venganza. Creyóse con fundamento que los asesinos eran secuaces de Montrose; de todos modos, se jactaron del hecho, y abandonaron la ciudad sin que nadie se opusiera á su paso. El Parlamento hizo que se enterrase el cadáver de Dorislaus con gran pompa en la abadía de Westminster y tomó á su cargo á sus hijos, pero no pudo obtenerse satisfacción alguna por tal suceso, y Strickland no hallando medio de conseguir la audiencia que tenía pedida á los Estados generales, vióse obligado á retirarse. Lo único que sucedió fué que entonces se retiró también Carlos del Haya, pasando á Breda, donde concluyó el tratado con los presbiterianos escoceses.

Apenas hacía un año desde el asesinato de Dorislaus